

The Mirror Column
4-23
Bishop William Joensen

Llamado a Rutas Salvajes

El último domingo de abril está designado como el Día Mundial de Oración por las Vocaciones. Aunque reflexionamos frecuentemente sobre el bautismo sacerdotal de los fieles a una vocación laboral como laicos en su lugar de trabajo, a la vocación matrimonial para ser esposos y padres quienes entregan su vida uno al otro y en su descendencia, o a la vocación especial de dar testimonio como discípulo de Jesús sin el yugo del matrimonio o de órdenes o votos como consagrado, este día en particular está de hecho dedicado a la oración por vocaciones al diaconado, al sacerdocio y a la vida consagrada. Por lo tanto, ofrezco la siguiente reflexión, con la esperanza de motivar vocaciones al sacerdocio en nuestra Diócesis de Des Moines.

No hace mucho tiempo, estaba almorzando con una pareja de Iowa cuyo hijo había muerto hace doce años en un accidente automovilístico. Él había sido mi estudiante a quien yo había apoyado y orientado; muy inteligente y creativo, con cierto romanticismo, con grandes altibajos emocionales. Hubo un punto en el que causó gran preocupación a su familia y amigos ya que, inspirado por la película, “Hacia Rutas Salvajes” (se llamaba “Into the Wild” en inglés) decidió dejar su ambiente familiar y desaparecer por varios días. Eventualmente lo encontraron caminando por la carretera a varios cientos de millas de casa, llevando consigo solamente una mochila. Después de su muerte, a mí me tocó reunirme con sus padres y familiares y orar con ellos en el ambiente de la morgue del hospital mientras ellos sostenían el cuerpo de su amado hijo.

Los últimos doce años han sido una montaña rusa de emociones para sus padres, alternando momentos de fe con incredulidad, pero se han mantenido juntos y han podido

encontrar algo de paz dentro de su dolor. Al final de nuestro almuerzo, me dieron dos artículos personales que habían sido de su hijo: un anillo de una década del rosario, y una piedra de cerámica glaseada grabada con su nombre, 'Christian' – la cual le dieron probablemente en un retiro de la universidad.

Acepté los artículos como objetos sagrados consagrados al sufrimiento, la memoria, al amor inmortal – que se me entregaron como un acto de gran generosidad y amistad – y como un signo de desprendimiento, de confiar su hijo a alguien más. Voy a atesorar ambos objetos, recordar a su familia, orar por ellos y por su hijo Christian. No es simplemente porque la piedra es circular, de color pálido, que parece como una pequeña hostia. Es porque lo que intercambiamos fue un acto Eucarístico, derivando su significado y referencia de lo que hace Jesús cuando misteriosamente nos lleva al salón de la noche antes de la Pascua cuando se entrega a sí mismo de manera radical al servicio de amor. En un mundo que algún día ha de terminar, su amor es algo que nunca terminará.

Jesucristo es el único Hijo y el don consumado que nos da el Padre. Al asumir la carne, Jesús se embarca en una misión de misericordia. Él anticipa la muerte en sacrificio a la cual se entrega libremente al formar una nueva alianza en comunidad centrada en su persona misma, su Cuerpo y su Sangre. Jesús se convierte en un sacerdote sin precedente, ni siquiera dentro de la historia judía de la salvación, ya que ambos ofrecen el sacrificio a nombre de otros, pero él es quien está siendo sacrificado. Jesús es la única persona que puede satisfacer nuestra hambre y sed en sus términos, llenándonos con su presencia y gracia, transformándonos en su Cuerpo. Nuestros corazones están al descubierto con el Santísimo Sacramento, nuestra participación en la conmemoración Eucarística de “coman esto, beban esto. Sean esto unos con los otros.” Como lo dijo San Bernardo de Clairvaux, “La medida del amor es el amar sin medida.”

Por la gracia y la fe, reconocemos que sufrir por amor, el dejar ir y darnos a nosotros mismos, es nuestra fuente más profunda de gozo. Además, también somos honestos al confesar que si debemos mantener este estilo hasta el final, como lo hizo Cristo, debemos reabastecernos de él FRECUENTEMENTE, al recibir el Sacramento de la Eucaristía, adorándole, permitiéndole acompañarnos en todos los lugares y caminos de nuestras vidas – nuestros hogares, nuestros lugares de trabajo, donde descansamos, reímos y lloramos, damos gracias y nos lamentamos.

Pero que para esto suceda, necesitamos hombres cuyos corazones son agitados y llamados al Maestro de la misericordia, verdad y amor para darse a sí mismos a Dios y a su Iglesia como sacerdotes ordenados quienes hablen esas inimitables palabras en la persona de Cristo, la cabeza del Cuerpo” “Este es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes.” “Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza Nueva y Eterna que será derramada por ustedes y por muchos.” Necesitamos sacerdotes, hombres quienes imiten al Buen Pastor quien sale a buscar a la oveja perdida. El pueblo de Dios necesita sacerdotes que estén dispuestos a lanzarse “a rutas salvajes” en donde la enfermedad, la pobreza, la soledad, prevalecen – no para desaparecer para siempre, pero para que otros puedan encontrar la presencia de Jesús en ellos, sanando, fortaleciendo, sellando el amor, el perdón y encomendándolos a Dios.

Cristo está llamando a los hombres aquí y ahora en la Diócesis de Des Moines para que le permitan intercambiar su corazón por el de ellos, recreándose sacramentalmente por el Espíritu, ordenándoles al Cuerpo haciéndoles plenos. Nuestra gente necesita sacerdotes con quien puedan relacionarse con – quienes vengan de entre sus familias y amigos, de nuestras parroquias y de nuestras comunidades migrantes, nuestros círculos de trabajo y juego. Necesitamos sacerdotes quienes puedan ayudarnos a recordar: recordar lo que hizo Jesús el Jueves Santo, recordando quienes somos ante los ojos de Dios, quien nos ama hasta la muerte y hasta la vida. Dependemos

de los sacerdotes para ayudarnos a creer que “todos mis sufrimientos le pertenecen, anticipadamente, más a él” que a mí.

Al apreciar la Eucaristía, así como el don de las vocaciones sacerdotales y el regalo de nuestra fe, me vienen a la mente muchos, incluyendo a Christian y sus padres. A cada uno de nosotros se nos presenta la oportunidad de recibir – no una piedra con nuestro nombre grabado – pero la Hostia circular que es Cristo mismo, quien se entrega él mismo a nosotros. Así como nosotros – y en particular, hombres quienes están pensando sobre si están llamados a la ordenación sacerdotal de Jesucristo – nos ofrecemos a nosotros mismo en servicio, sacrificio, y amor interminable, nos hacemos merecedores del nombre de ‘cristianos.’ Este es un regalo más allá de mérito o medida, un misterio que esperamos nunca abandonar ni olvidar.